

CAPITULO VII

Noticias satisfactorias.—Batida y dispersión de las partidas mandadas por los cabecillas Rabi y Lora.—Ataque de Jarallanos.—Rumores de paz.—Regocijo y contento.—Esperanzas frustradas.—Renace la intranquilidad.—Encuentro de la columna del coronel Santocildes con varias partidas reunidas de rebeldes cerca de Bayamo.—Expedición filibustera en el vapor *Atlas*.—Drama sangriento en el mar.—El crucero *Conde de Venadito*.



NO á calmar un tanto el descontento general que reinaba en la Península contra el general Calleja, el telegrama que el Gobierno comunicó á la prensa el día 10, recibido el 9 y transmitido por el cable el 8, en el que el Capitán general de la isla participaba haber sido batidas y dispersadas en la mañana del 7, las partidas que capitaneaban los cabecillas Rabi y Lora, los cuales después de batida en Negros la partida sublevada en Baire por las fuerzas que comandaba el general Garrich habían tomado posiciones próximas, de las que fueron desalojados causándoles numerosas pérdidas, á pesar de las ventajosas posiciones que ocupaban.

Comunicaba también el general Calleja en su telegrama, que la columna formada por el regimiento de Cuba había atacado á Jarallanos, ocupado por los rebeldes, desalojándolos del poblado y haciéndoles un muerto, siete heridos y contuso el médico.

Y añadía en el parte, que la desmoralización y presentación de rebeldes aumentaba; que en Holguín habíanse presentado los hermanos Sartorius y Velázquez, y en las Villas seguían presentándose los principales ó más significados sublevados, quedando únicamente la partida de Matagás, que estaba reducida á bandidos y era activamente perseguida por nuestras tropas.

Y terminaba el Gobernador general de Cuba consignando en su telegrama, que cinco provincias de la isla estaban tranquilas.

Estas satisfactorias noticias llevaron la calma y la tranquilidad á los inquietos y agitados ánimos de los españoles, y acallaron las censuras contra la primera autoridad de la isla, produciendo en la opinión pública una favorable reacción y llevando á los contristados espíritus un luminoso rayo de lisonjera esperanza que les hizo columbrar la halagüeña idea, por todos acariciada hasta en sueños, de la pronta pacificación de la Gran Antilla, y del aborto de la malhadada sublevación separatista en Cuba.



DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

* * *

Aumentó esa confianza, afirmando el cambio operado en la opinión

pública, el siguiente telegrama publicado por *El Imparcial*, diario de Madrid, en su edición de la noche del 11 de Marzo.

Decía así el telegrama del popular diario, confirmado por nuestro activo y bien informado corresponsal en la capital de la isla.

«Habana, 11, (7'30 noche).—Han circulado hoy rumores que causaron grata impresión en la opinión pública.

Para conferenciar con el Gobernador general de la isla, general Calleja, han llegado hoy á esta población los señores Ramírez, Colás, Villalvilla, Camino, Agüero, Céspedes, Comas y Alva, jefes de la pasada guerra separatista.

Se han presentado á la primera autoridad de la isla en concepto de comisionados para gestionar un acuerdo pacífico entre los rebeldes y el Gobierno.!

Todos ellos han ido á la proviucia de Santiago de Cuba exclusivamente para tratar con los insurrectos, y procurar que éstos depongan las armas y eviten inútiles derramamientos de sangre.

Se confía en llegar á una solución pacífica, y en que las partidas separatistas depongan en breve las armas.»

Era tan satisfactoria la noticia de que daba cuenta el corresponsal del ilustrado diario en su telegrama; entrañaba tan halagüeña trascendencia para la Madre Patria, que por todos los españoles fué recibida con vivas muestras de regocijo y alegría, y en todos los pechos anidóse la lisonjera esperanza de verla pronto confirmada y de que fuese en breve un hecho la solución pacífica que en el parte se anunciaba.

Las madres cesaron en su amargo lloro y enjugaron sus lágrimas, abriendo sus pechos á la esperanza de volver á abrazar á sus hijos, las que les vieran partir, ó de no separarse de ellos, las que esperaban les fueran en breve arrebatados para ir, como los otros, á luchar con la inclemencia del clima antillano y con las feroces hordas de bandidos y *mambises* que acecharían su paso ocultos en las fragosidades de la sierra

ó en la frondosidad de la manigua, para herirles cobardemente ó vilmente asesinarles.

*
* * *

Desgraciadamente, pronto hubo de cesar el general regocijo y cubrirse de nuevo de luto el corazón y llenarse otra vez de lágrimas los ojos de las infelices madres, al ver frustrada la lisonjera esperanza que sus pechos abrigaran al anuncio de una solución pacífica en el conflicto antillano.

Según telegramas particulares recibidos de la Habana el día 12, los comisionados de los rebeldes habían conferenciado con el general Calleja, de quien solicitaron una ampliación del plazo de indulto que se les había concedido, y tropas que guardaran algunas fincas de las fechorías y del pillaje de los bandidos; solicitud que hubo de serles negada por el Gobernador general de la isla, por ver en ella solamente el deseo de ganar tiempo para esperar quizás refuerzos, y el maquiavélico plan de fraccionar las tropas para que así cesara la activa persecución de que eran objeto los sublevados.

Nos comunicó también nuestro celoso corresponsal, en la propia fecha, que la noche anterior había sido sorprendido por la policía, en la Habana, un depósito de armas y cartuchos, algunos de los cuales llevaban la marca de la pirotecnia de aquella capital.

Estas desagradables noticias vinieron á ser tácitamente confirmadas por el telegrama que al siguiente día 13 comunicó el Gobierno á la prensa, en el cual, el general Calleja daba parte al ministro de la Guerra del encuentro que el día 11 había tenido el coronel Santocildes con su columna, con varias partidas de rebeldes reunidas cerca de Bayamo, á las cuales causó 50 bajas, según tuvo ocasión de comprobar el general

Garrich, que acudió en auxilio de Santocildes para continuar la persecución del enemigo con fuerzas montadas, en unión de la guarnición de Bayamo que había salido á apoyar al segundo, cuya columna tuvo seis heridos y algunos caballos muertos.

Con estas tristes noticias renació la inquietud y la intranquilidad en el ánimo de los españoles, que de nuevo se entregaron en brazos del pesimismo y tornaron á censurar la conducta y política del general

Calleja, cuyo inmediato relevo—decían algunos—imponían las circunstancias, el buen nombre de España, y la reputación y fama de que en el mundo gozaba nuestro valiente ejército.

* * *

Los laborantes cubanos, residentes en Nueva York, no cesaban en sus trabajos de propaganda filibustera.

Con la promesa de que había de constituirse en la Gran Antilla un Gobierno republicano que diera la independencia á la isla, consiguieron reunir fuertes sumas para organizar y armar expediciones por mar, que llevasen refuerzos de hombres y armas á los sublevados.

Ayudados por elementos de los Estados Unidos que simpatizaban con la insurrección, cohorte de ambiciosos ó aventureros, que á trueque de regar con sangre los campos de la perla de las Antillas y arruinar á sus pacíficos moradores, no tenían inconveniente en dar rienda suelta



DON ANTONIO MAURA

á sus ambiciosas miras personales, para ganar un puñado de dollars ó entregarse al bandidaje y al robo, lograron catequizar y convencer al capitán de un vapor, que ya no servía más que para remolcar, para que en él condujera á las costas de Cuba, una expedición filibustera.

Ocultándole el verdadero objeto de la expedición, con pretexto de que necesitaban de sus servicios para causas nobilísimas, diéronle instrucciones secretas y un pliego cerrado, con la prohibición de abrirlo hasta que estuviese en alta mar, y la obligación de seguir al pié de la letra las órdenes que contenía.

Convinieron en entregarle por su viaje al punto que se le designaba en el pliego, la suma de seiscientos pesos, cuya mitad recibiría al zarpas el vapor, y los otros trescientos durante la travesía.

Aceptada la proposición por el viejo marino, se dispuso desde luego á cumplir su compromiso mediante la recepción de la primera cantidad convenida; y aprovechando las tinieblas de una tenebrosa noche del mes de Marzo, zarpó del puerto de Nueva York el vapor *Atlas*, que así se denominaba el buque que él capitaneaba, después de haber embarcado los hombres que constituían la expedición filibustera y varias cajas que se le habían remesado.

*
* *
*

Fuera ya de puerto la nave, y puesto rumbo á la Gran Antilla, el capitán dió las órdenes necesarias á la escasa tripulación que llevaba, y retiróse á su camarote donde se entregó á reflexionar acerca de las contingencias de un viaje tan misterioso.

Dos de los marineros que formaban la tripulación del *Atlas*, habíanse enterado y visto, sin duda, la entrega del dinero al capitán momentos antes de levar anclas el buque.

Aquellos dos hombres, desde el instante en que pusieron sus piés sobre la cubierta de la embarcación, no se apartaron uno de otro ni un segundo, y cuando el capitán húbose retirado á su camarote se les vió conversar entre sí en voz baja, con gran animación, á la vez que con recelo, pues se cuidaban mucho de aislarse de sus compañeros, sin duda, para que no llegara á oídos de éstos ni una sola de sus palabras.

Durante su animada conversación, mejor dicho cuchicheo, observóse que sus ojos despedían, de vez en cuando, relámpagos de codicia que brillaban en la densa obscuridad de la noche como si fuesen luciérnagas.

Encerrado el capitán del *Atlas* en su camarote, una vez en alta mar, apresuróse á satisfacer la viva curiosidad que sentía, abriendo el pliego que se le entregara á fin de enterarse de las instrucciones que contenía, y saber á punto fijo el rumbo que tenía que dar al buque.

Grande fué su asombro y su sorpresa al enterarse de que había de conducir á Baracoa á los desconocidos viajeros que llevaba á bordo, y las cajas cuyo contenido ignoraba.

Ante órdenes tan imprevistas é instrucciones tan inesperadas, las más fantásticas ideas le asaltaron, y ora pensó en virar en redondo y volver al punto de salida, ya en proseguir el viaje, sin perjuicio de dar parte, á su regreso á Nueva York, de todo lo ocurrido.

* * *

La noche era tan oscura como en extremo caliginosa.

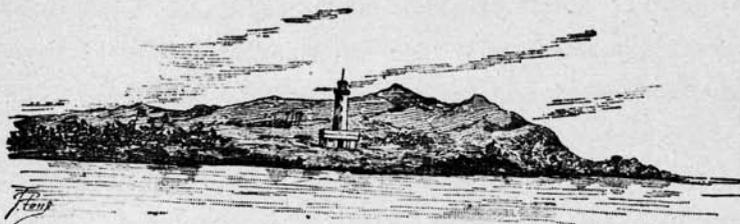
Ni el menor soplo de aire, ni la más ligera brisa oreaba el ambiente ni acariciaba la tranquila superficie de las aguas.

El capitán del *Atlas* presintió, como viejo marino, en aquella calma, los preludios y el anuncio de una próxima borrasca; pero como el arribo

á Baracoa estaba muy próximo, no se preocupó por el viaje, ni temió las contingencias á que una tormenta podía exponer al buque.

Decidido ya á desembarcar la expedición en el punto que le designaba el pliego de instrucciones, abandonó el camarote y dió órdenes al timonel de poner rumbo á las costas de Cuba.

Sin contratiempo llegó al término de su viaje, y adoptando todo género de precauciones, y después de recibir de manos de uno de los desconocidos viajeros los trescientos pesos que restaban, en pago del precio estipulado, y en cumplimiento de lo convenido, desembarcaron aquéllos en un punto de la costa muy cercano á Baracoa.



CABO CRUZ (Santiago de Cuba)

Los misteriosos expedicionarios del *Atlas* no eran otros, según se dijo y supuso después, que los dos hermano Maceo y varios de sus secuaces.

Aquella misma noche, el buque norteamericano emprendió el viaje de regreso al punto de partida, deseoso su capitán de dar conocimiento á las autoridades *yankees* del engaño de que había sido víctima por parte de los laborantes cubanos, armadores del *Atlas*.

De nuevo en alta mar la nave, se acercaron al viejo capitán los dos marineros á quienes nos hemos referido anteriormente, y con un interés digno del mayor encomio le rogaron que se retirase á descansar, toda vez que no eran necesarios sus cuidados, por el estado tranquilo del mar y el tiempo bonancible que reinaba, para que el barco arribase felizmente á puerto.

Agradeciendo el viejo y bondadoso marino las manifestaciones de interés de sus servidores, y creyendo que sus palabras y deseos eran hijos tan sólo de la consideración que les mereciera su avanzada edad y su visible cansancio físico, decidióse cuando ya el sueño le rendía, á retirarse á su camarote, donde se echó sobre la litera con ánimo de entregarse algunas horas al descanso.

* * *

Así que los dos marineros vieron que el capitán habíase retirado á su camarote, pusieronse ambos en acecho á la puerta de éste, esperando el momento, por ellos tan deseado, de que aquél se entregara en brazos de Morfeo.

Al poco rato, devorado por la impaciencia que sin duda le consumía, preguntó en voz baja el más viejo de los dos espías:

—¿Duerme ya?

—Me parece que sí—contestóle su compañero.

—Calma; no lo echemos á perder—objetó el preguntante.—Esperemos á que el sueño se apodere de él en absoluto.

—Lo mejor es llamarle para probar si está bien dormido.

Y poniendo en práctica la idea manifestada á su compañero, el más joven de los marineros llamó á media voz:

—¡Capitán! ¡Capitán!

El más profundo silencio siguió al llamamiento.

—Pues, al avío;—murmuró el viejo al oído de su camarada—ha llegado el momento deseado.

Entonces vióse á aquellos dos bandidos armarse de afiladas facas, que por lo largas más parecían dagas, y penetrando con gran sigilo en el camarote, arrojarse ambos con salvaje furia sobre el cuerpo del capi-

tán, que yacía tendido é inerme en la litera, y acribillarlo á puñaladas.

El desventurado y dormido marino no exhaló ni un quejido; ni un ¡ay! salió de sus lábios: tan certeros y mortales fueron los golpes asesi-
tados por sus asesinos.

Seguros ya, aquellos dos mónstruos, de que su infeliz víctima era cadáver, se apoderaron de los seiscientos pesos, único móvil de su ab-
yecto crimen, y fruto por ellos codiciado desde que lo percibieran al
emprender el viaje y que el desgraciado capitán guardara en uno de
los bolsillos interiores de su americana, y arrojando al agua por una
de las ventanillas del camarote sus armas homicidas, abandonaron la
fúnebre estancia y volvieron á ocupar impasibles y tranquilos sus pues-
tos en el buque.

*
*
*

A causa, sin duda, de la ineptitud de los tripulantes del *Atlas* para
manejar el gobernalle, ó efecto tal vez de haberse separado el buque
de la derrota marcada en las cartas marinas, ó quizás por uno de esos
caprichos de la suerte, que no se explican, al apuntar el día quedó va-
rada la nave en la costa.

El comandante del crucero de nuestra escuadra *Conde de Venadito*,
que por orden de nuestro Gobierno prestaba servicio de vigilancia en
aquellas aguas, divisó el varado vapor, y aproximándose á él practicó
un minucioso registro.

Nuestros lectores podrán formarse idea de la horrible sorpresa y
penosa impresión que á nuestros bravos marinos les causó el hallazgo
del cadáver del desventurado capitán del *Atlas*, materialmente cosido
á puñaladas y tendido en medio del lago de sangre en que estaba con-
vertida la litera sobre la que el infeliz se echara á descansar, muy lejos

de poder sospechar que en ella se acostaba por última vez, para no despertar ya más.

Presos inmediatamente los dos marineros autores del vil asesinato de su capitán, y únicos tripulantes que fueron hallados en el buque, y recogido y transportado al crucero el rígido y ensangrentado cuerpo del viejo marino, fueron aquellos interrogados minuciosamente por el comandante interino del crucero don Luis Ibarra y el capitán de fragata don Diego N. Mateos, el cual se incautó de los seiscientos pesos en onzas americanas hallados en poder de los detenidos y precio indudable de la expedición filibustera, y único móvil del asesinato.

Aquellos dos miserables declararon, que Maceo y sus secuaces habían sido los autores de la muerte de su capitán por haberse negado á conducirles al lugar de la costa donde ellos le designaran para su desembarco; pero la versión más verosímil y probable del triste y sangriento suceso es, según los comprobados informes de nuestros corresponsales y los datos recogidos en Baracoa, que el desventurado capitán del *Atlas* fué bárbaramente asesinado por sus tripulantes, para apoderarse de la suma que había recibido de los expedicionarios como precio de su pasaje.

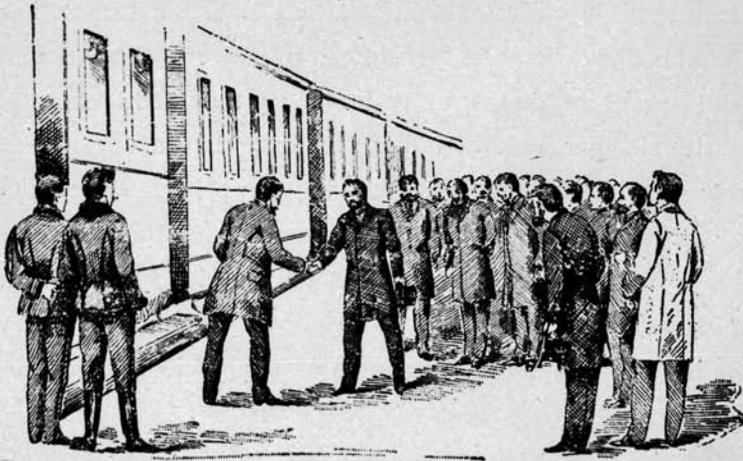
*
*
*

Conducidos los presuntos asesinos del capitán del *Atlas* á Santiago de Cuba, prestaron allí nueva declaración ante el tribunal militar, sin que de momento lograra el digno juez de la causa incoada en averiguación del misterioso suceso, arrancarles confesión alguna, pues ambos se ratificaron en sus anteriores manifestaciones, haciendo observar que de haber cometido ellos el asesinato se habrían apresurado á arro-

jar al agua el cadáver de la víctima, haciendo así desaparecer la prueba del crimen.

Sin embargo, en un segundo interrogatorio, las hábiles preguntas del juez lograron llevar la turbación al ánimo de aquellos dos miserables, que comenzaron á contradecirse, á acusarse luego, mutuamente, y por fin, á confesar su delito y el móvil que á su comisión les impulsara.

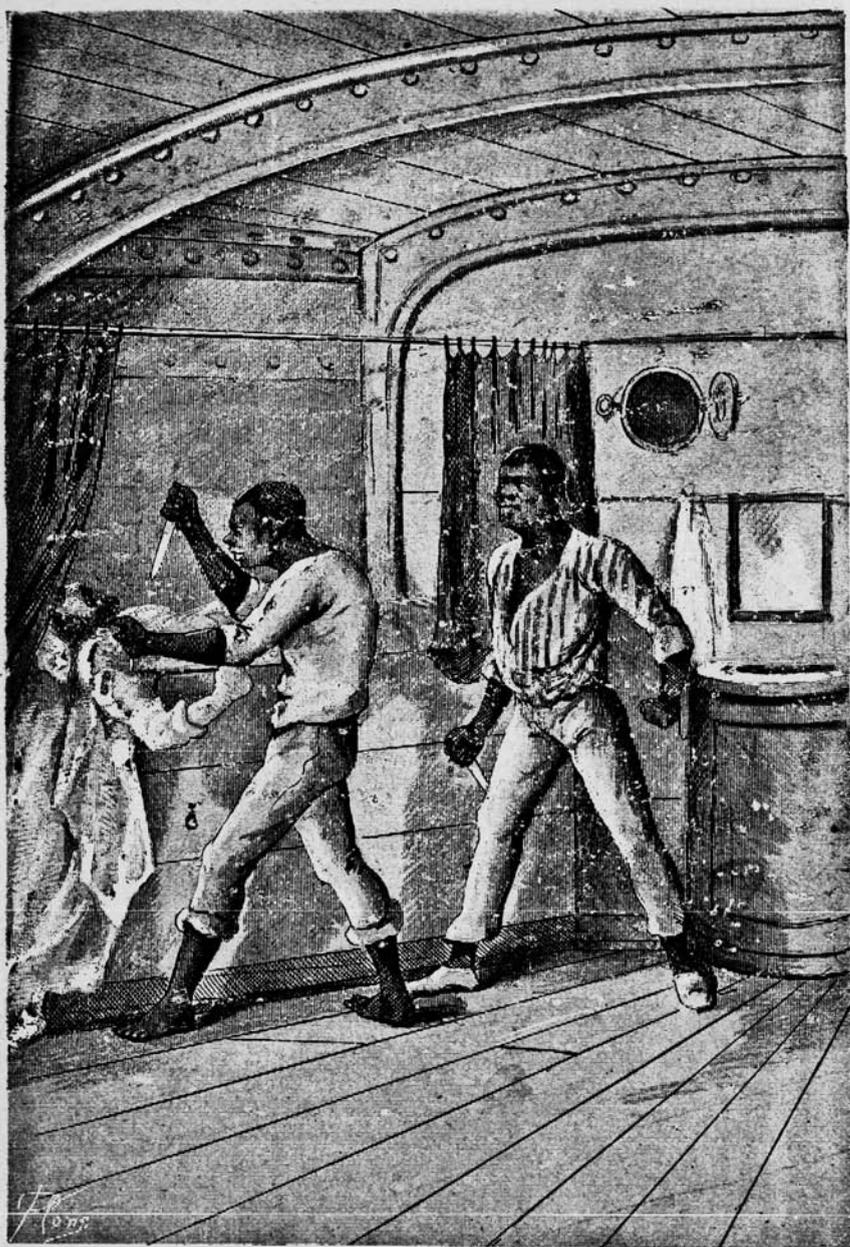
Según su propio relato, ejecutaron el crimen en la forma que dejamos descripta en uno de los párrafos anteriores.



LLEGADA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS A LA ESTACION DE MADRID

Del resultado del proceso nada hemos podido averiguar, como tampoco nada hemos vuelto á saber de los bárbaros asesinos del desventurado capitán del *Atlas*, cuya horrible muerte hubiera quedado impune, sin la oportuna y providencial intervención de nuestro cruce-ro *Conde de Venadito*.

Suponemos que los dos miserables bandidos continuarán presos, esperando el fallo de la justicia de los hombres, para cumplir la condena que el tribunal juzgador les imponga en justa expiación á su horrendo crimen.



...arrojarse con salvaje furia sobre el cuerpo del capitán... (pág. 109).

Algún tiempo después de su prisión, se dijo que uno de ellos había logrado fugarse de la carcel y se había refugiado en la manigua; pero la noticia no tuvo ni ha tenido hasta hoy confirmación, si bien tampoco se ha hablado más del proceso, ni se ha sabido el resultado que haya tenido el Consejo que se celebrara para juzgar á los asesinos del desventurado capitán del vapor norte-americano *Atlas*.

